

Herrera Guillén, Rafael, *¡Adiós América, adiós! Antecedentes hispánicos de un mundo poscolonial (1687-1897)*, Madrid, Tecnos, 2017, 289 pp.

El ensayista y filósofo Rafael Herrera Guillén nos presenta en esta obra una interesante idea: la existencia de una conciencia de finitud del imperio hispánico desde mucho antes de que este final se produjese. Con esta propuesta el autor sitúa los antecedentes del debate poscolonial en el mismo mundo hispánico y mucho antes de que tuviera lugar dicha controversia en ningún otro lugar. Este cuestionamiento de la realidad imperial-colonial española quedó plasmado en los escritos de algunos de los pensadores más destacados de la modernidad hispana, así como de importantes intelectuales del siglo XIX. Con el fin de sustentar su argumentación, Herrera Guillén nos propone un concepto cuando menos sugestivo: la existencia de una conciencia proto-poscolonial. En su opinión, argumentada y fundamentada a lo largo de la obra, existió una línea de pensamiento en la que se puede identificar con rasgos poscoloniales una primera filosofía hispánica que enlazaría con las reflexiones noventayochistas y llegaría hasta la reflexión sobre el mundo post-hegemónico que está hoy de actualidad. Por tanto, desde los mismos tiempos del dominio colonial de América hubo un esfuerzo deliberado y meditado por comprender la relación que España habría de tener con aquellos territorios una vez que estos se emancipasen.

El autor desgrena estos antecedentes a continuación del prólogo y de un primer capítulo introductorio, en ocho estudios específicos (numerados como capítulos del 2 al 9), que pueden ser contemplados con igual interés de manera individual, resultado posiblemente de su condición de obra de síntesis, pues el autor ha ido publicando distintos trabajos parciales con temática muy similar a cada uno de los capítulos de la obra aquí reseñada.

En cuanto a su estructura el libro cuenta con dos partes bien diferenciadas. Por un lado el capítulo introductorio, que tiene un planteamiento teórico-crítico sobre el concepto de dominio imperial español, en el cual propone el autor un neologismo: Ib-Euro-América. Por otro lado está el cuerpo principal del trabajo (capítulos 2 a 9), que consiste en el análisis de los que Herrera Guillén considera «hitos fundamentales» de las reflexiones sobre el final del dominio imperial hispano. Empezaremos por explicar estos últimos.

El trabajo específico se inicia con el estudio de los postulados ya planteados en el siglo XVII por Gabriel Fernández de Villalobos. El autor del libro reseñado estudia la obra *Mano de Relox que muestra y pronostica la ruina de América* (1687), en la que el marqués de Varinas planteó que la

monarquía hispánica había establecido un sistema tan corrupto que estaba destinada a perder sus dominios en América. A continuación, Herrera Guillén pasa a la siguiente obra (que dista casi un siglo de la anterior): *Las señales de la felicidad de España y medios para hacerlas eficaces* (1768), de Francisco Romá y Rosell, quien señalaba la necesidad de abandonar el sistema de control de los dominios americanos o al menos modificarlo, centrándose en los principales puntos comerciales de los territorios españoles en la península ibérica, en especial, en Barcelona. La propuesta del autor catalán, netamente mercantilista y colonial, era establecer un centro industrial que se abasteciese de las materias primas americanas y surtiese a los mercados coloniales con productos manufacturados. La tercera propuesta examinada por Herrera es la de José de Ábalos, intendente de Venezuela, que en una representación a Carlos III en 1781 ahonda en una idea esbozada también por sus antecesores: América, al contrario de lo que se creía, resultaba demasiado costosa para la Corona y por ello España acabaría perdiendo su dominio directo. Su solución era modificar el sistema mediante la instauración de monarquías independientes unidas por su origen dentro de la rama borbónica hispánica. Solo tres años después el conde de Aranda presentaría su proyecto reservado al mismo monarca, teniendo muy presente el caso precedente de la emancipación de las Trece Colonias en Norteamérica y siguiendo en gran medida el plan de Ábalos de una estructura cohesionada de monarquías independientes de signo borbónico.

Para Herrera Guillén no hay dudas de que las propuestas previamente señaladas son muestras de una interpretación política minoritaria del peligro de una posible emancipación americana antes de tener ejemplos en sus propias tierras. Por tanto, es posible que la unificación que hace el autor en un solo capítulo (el número 2) de los distintos planteamientos expuestos sea un tanto artificiosa, ya que debería considerarse de naturaleza muy distinta la propuesta de Varinas o incluso la de Romá, mientras las de Ábalos y Aranda tienen el sustrato del mismo contexto histórico. Quizá hubiera sido más lógico enlazar estas propuestas con las siguientes a las que se dedican dos capítulos, uno específico sobre la exhibida por Floridablanca y la matización al respecto que hizo Juan Sempere y Guarinos (capítulo 3), y otro sobre Jovellanos (capítulo 4).

En cuanto al tercer capítulo, no analiza propuestas específicas para una solución ante la previsible disolución del dominio imperial sino proyectos para tratar de salvar el esclerotizado dominio español en América. Floridablanca en su *Instrucción Reservada* (1787) considera que la posibilidad de

lado del Atlántico sobre modernos postulados liberales, con un nuevo pacto fundado sobre el mutuo interés económico. Por tanto sí plantea un auténtico pensamiento poscolonial en la temprana fecha de 1811, cuando el proceso independentista estaba iniciándose.

El siguiente capítulo está dedicado al pensamiento de José Manuel Vadillo, que en sus *Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sur* (1829) ofrece ante todo una justificación de su política durante el Trienio Liberal (1820-1823). Por ello debiera considerarse el primer texto realmente poscolonial analizado en el libro reseñado, al menos en parte pues si bien se han independizado las posesiones continentales, España conservó sus dominios en el Caribe, el Pacífico y África. Sin embargo, el de Vadillo no es un planteamiento o reformulación de los vínculos rotos con América sino lo que Herrera Guillén describe como «historia de una culpa», es decir, un juicio de la independencia señalando los culpables de la ruptura desde una visión peninsular-iberocentrista. Para el autor esta es la importancia fundamental del pensamiento de Vadillo, pues como especifica «el iberocentrismo fue un factor decisivo en el liberalismo español», el cual llenó de incongruencias la visión reduccionista de los constitucionalistas peninsulares. Vadillo señala estas incongruencias, pero las considera como clave en su diagnóstico. Su intención fundamental es planificar una política imperial futura de España que superase los problemas del pasado, de manera que no es un auténtico pensamiento poscolonial.

El capítulo octavo está dedicado al pensamiento de Juan Valera, el cual Herrera Guillén considera la primera interpretación verdaderamente global de la relación entre España y América, aunque con restos de ibero-centrismo. Para ello sitúa una parte importante de sus reflexiones en la idea de un gran espacio cultural hispánico. Varela denuncia además como otra de las cuestiones claves la indiferencia de las élites culturales respecto a América en el XIX, algo que en mi opinión tristemente sigue vigente. Según Varela la única posibilidad para España era (y creo que debe seguir siendo) la relación de igualdad cultural con América superando cualquier deseo de preeminencia iberocentrista. Es muy interesante la reflexión de Herrera Guillén de que la obra del escritor andaluz sirvió para mostrar que el problema de la relación con América precedió al problema de la conciencia de identidad española, y en mi opinión podrían estar interrelacionados.

El libro se cierra con un capítulo dedicado al granadino Ángel Gani-vet. Este autor tomó conciencia de que el inminente proceso descolonizador hispano sería un antecedente para una Europa que aun se encontraba

en el momento de su mayor expansión colonial. Claramente se anticipó a los postulados poscoloniales, principalmente anglosajones. Consciente de la realidad imperial española y proponiendo una solución confederal para mantener un vínculo con las últimas posesiones, comprendió que el colonialismo de las potencias europeas cometía los mismos errores que ya se habían realizado en España y que habían acabado por destruirla como nación. Como señala Herrera Guillén, «era la primera denuncia poscolonial en Europa». El estudio nos indica que hubo una posibilidad de auténtico pensamiento poscolonial en España, aunque se concretó realmente en muy escasos pero significativos ejemplos.

Para cerrar me gustaría volver al capítulo introductorio, pues solo teniendo clara la intención del autor adquiere verdadero valor su planteamiento teórico-crítico sobre el imperialismo español. Herrera Guillén entra de lleno en este debate actual, muy turbio y contaminado con diferentes intereses políticos presentes. Se agradece que el autor ofrezca una perspectiva global a la tan manida Leyenda Negra, pues según él Europa (Occidente diría yo) focalizó sobre España toda la culpa de los excesos coloniales. De manera que la supuesta deuda moral de España sería de toda la modernidad occidental, es aquí donde se concreta su propuesta conceptual de la existencia de una «Ib-Euro-América». Se me hace corto este capítulo introductorio, aunque esperemos que Herrera Guillén profundice en este sentido en trabajos posteriores.

Por todo lo expuesto, así como por numerosas cuestiones más que no hemos sabido incluir en esta reseña, estamos ante una obra muy interesante que hace unas aportaciones muy necesarias al actual debate historiográfico sobre el pasado colonial español.—SIGFRIDO VÁZQUEZ CIENFUEGOS, Universidad de Extremadura.